

## Presentación: La historia ambiental en América Latina. Por un intento de historizar la ecología

**ALEJANDRO TORTOLERO VILLASEÑOR\***

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

**L**a historia medioambiental ha tomado un fuerte impulso como una respuesta a la presunta crisis de la historia que en 1992 señaló Francis Fukuyama cuando lanzó un libro provocativo al mercado, cuyo título era *El fin de la historia*. Allí el autor establecía su pesimismo por el futuro de la disciplina. Ese pesimismo no era nuevo. Desde 1989 dos revistas de diferente tradición, pero con aportaciones importantes en el campo de la historia, transmitían esa situación.

El primer ejemplo lo encontramos en la revista *Annales*, donde en su editorial de 1988 se afirma: “Tiempo de incertidumbre [...] los paradigmas dominantes que se buscaban en el marxismo, el estructuralismo o la cuantificación han perdido su capacidad estructurante”.<sup>1</sup> El segundo en la revista *American Historical*



\* atv@xanum.uam.mx

<sup>1</sup> *Annales*, 1988.

*Review* en la cual David Harlan en su editorial de 1989 afirmaba: “El regreso de la literatura ha sumergido a los estudios históricos en una extendida crisis epistemológica”<sup>2</sup>

La paradoja, sin embargo, es que la vitalidad en la edición de obras de historia no reflejaba dicha crisis que parecía tener sus causas en la desaparición de los modelos de comprensión, de los principios de inteligibilidad comúnmente aceptados por los historiadores.

Vale la pena señalar que la llamada *historia conquistadora* se apoya en dos proyectos. En primer lugar, en el estructuralismo y la aplicación al estudio de las sociedades ancianas o contemporáneas del paradigma estructuralista, donde:

Se trataba antes que nada de identificar las estructuras y las relaciones que, independientemente de sus percepciones y de las intenciones de los individuos, comandan los mecanismos económicos, organizan las relaciones sociales, engendran las formas del discurso.<sup>3</sup>

En segundo lugar, la historia cuantitativa que intentaba someter la disciplina a los números y a las series, o inscribirla en el paradigma galileano: “se trataba aquí, gracias a la cuantificación de los fenómenos, a la construcción de series y a los tratamientos estadísticos de formular rigurosamente las relaciones estructurales que eran el objeto mismo de la historia”<sup>4</sup> El historiador suponía que el mundo social estaba escrito en lenguaje matemático y, por lo tanto, se avocaba a establecer sus leyes tal como lo había hecho Galileo.

Esta doble revolución estructuralista y galileana trajo varias consecuencias: la primera consistió en alejarse de una cartografía de las particularidades o de los simples inventarios de hechos singulares; la segunda, en la renovación de la ambición durkheimiana de identificar tanto las estructuras como las regularidades para formular informes generales. De esta forma, la historia se liberó de la idea de realidad. A partir de entonces, los sistemas de relaciones que organizan el mundo social son tan reales como los datos materiales, físicos y corporales tomados de la inmediatez de la experiencia sensible.



<sup>2</sup> Véase Roger Chartier, “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”, en Carlos Barros (ed.), *Historia a debate*, Santiago de Compostela, España, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, pp. 119-130.

<sup>3</sup> Roger Chartier, *op. cit.*, 1995, p. 119.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 120.

Esa forma de hacer historia es la que está en crisis. La respuesta a las inquietudes de Marc Bloch (no hay historia económica y social, hay historia) y a la totalización cartesiana pronto tuvieron serios obstáculos. El análisis de la totalidad social, por su globalidad, es una operación intelectual difícil: todo se juega en las modalidades de su aplicación. En Francia la puesta en práctica fue del todo a las partes: descomposición del tiempo, del espacio, de los dominios de la realidad humana. De aquí partía el conocimiento del todo. Esto explica el predominio de la monografía local, durante 20 años, que se basa en la creencia epistemológica de que el saber global progresa por acumulación de conocimientos locales. Esto hicieron Fernand Braudel y Ernest Labrousse.<sup>5</sup>

Sin embargo, el proyecto no se lleva a cabo, lo general no se logra con análisis precedentes, sino con otros métodos, otras escalas y otros indicadores. Por ejemplo, la Revolución industrial o la adquisición del estatus de noble en el Antiguo Régimen, no se dan por hechos mediante la suma de las partes.

Además, existían serios problemas prácticos para pensar en este ejercicio de la historia, cito algunos: el aislamiento de investigadores, la evolución de problemáticas con relación a los avances en las investigaciones, la ausencia de reflexión acerca del significado de límites adoptados y de la manera en que se articulan con otros objetos de escala diferente.

En suma, esta forma de hacer historia parecía confundir las piezas con el rompecabezas. Con este procedimiento lo local y lo global no se comunican. La posibilidad de salir de la crisis se encontró en la búsqueda de nuevos objetos, de otros diálogos con las ciencias sociales y de nuevas prácticas. Como consecuencia de esto surgieron, con mucha fuerza: la microhistoria, la nueva historia cultural, la nueva historia política y la historia medioambiental, entre otras.

La historia ambiental surgió como respuesta al agudo deterioro del medio ambiente. Desde 1949, estudiosos como Aldo Leopold invitaron a realizar una interpretación ecológica de la historia, utilizando los métodos del emergente campo de la ecología, para explicar el desarrollo del pasado.<sup>6</sup>



<sup>5</sup> Véase Fernand Braudel y Ernest Labrousse (dirs.), *Histoire économique et sociale de la France*, vol. II: *Des derniers temps de l'âge seigneurial aux préludes de l'âge industriel, 1660-1789*, París, Francia, Presses Universitaire de France, 1970.

<sup>6</sup> Véase Donald Worster, "Transformations of the earth: toward an agroecological perspective in history", en *The Journal of American History*, vol. 76, núm. 4, marzo, 1990, pp. 1087-1106.

Esta historia medioambiental intenta dar respuesta a una serie de inquietudes tales como: ¿cuántos humanos puede soportar la biosfera sin colapsarse a causa de la polución y el consumo? ¿la acción humana en la atmósfera provocará más cáncer, cosechas pobres de granos o el sobrecalentamiento de los polos? ¿la tecnología hace más peligrosa la vida de la gente en vez de hacerla más segura? ¿tiene el *homo sapiens* alguna obligación moral con la tierra y su círculo de vida, o simplemente la vida existe para satisfacer las necesidades infinitas de expansión de nuestra especie?<sup>7</sup>

En medio de estas inquietudes surge este tipo de historia cuyo objetivo es estudiar cómo los seres humanos han sido afectados por su ambiente natural y cómo ellos lo afectaron y con qué resultados.<sup>8</sup> Considero que, en la medida en que la historia de América Latina se estudiaba a partir de su inserción en las economías mundiales como creadora y exportadora de materias primas y minerales y, en consecuencia, se subrayaba la sobreexplotación de sus recursos —principalmente en la época de la utilización de la teoría dependientista—, la historia de la exportación de estos recursos, con el costo energético que representa, puede ser fecunda en el estudio de las sociedades latinoamericanas.

El caso de México es útil para señalar esta relación entre historia y medio ambiente. En este país, el problema del medio ambiente es muy agudo. A pesar de ser uno de los territorios con mayor riqueza en biodiversidad en el mundo se sabe, según cálculos aproximados, que anualmente son deforestadas entre 400 y 800 000 hectáreas. La mayoría de las cuencas están muy contaminadas. Aproximadamente, 80% de la superficie del país sufre erosión y 30% de ésta es severa. Todo esto ha tenido como consecuencia una gran pérdida de la biodiversidad.<sup>9</sup> Por



<sup>7</sup> Donald Worster, *op. cit.*, 1990, p. 1089.

<sup>8</sup> *Ibid.* Según Donald Worster: “Its goal is to deepen our understanding of how humans have been affected by their natural environment through time, and conversely and perhaps more importantly in view of the present global predicament, how they affected that environment and with what results”.

<sup>9</sup> Cfr. Julia Carabias, “El Instituto Nacional de Ecología y el medio Ambiente”, en Ursula Oswald (coord.), *Retos de la ecología en México*, México, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994. Además, existen los siguientes datos: “Las tasas de afectación de bosques y selvas en México son variables. Los bosques húmedos de la Huasteca mostraron un ritmo de deforestación de entre siete y diez por ciento, lo que significó que entre 1971 y 1988 el área de cobertura original se haya erradicado en su totalidad. En la selva de los Tuxtlas, en Veracruz, la tasa de deforestación fue de 4.2 por ciento anual, entre 1976 y 1986. Esto significa que de mantenerse ese ritmo, el área original se verá reducida a

ello, Sterling Evans, en el artículo incluido en este número, previene acerca de los costos ecológicos y sociales que representan las presas como La Angostura construida en Sonora durante las décadas de 1930 y 1940. Para Evans, si bien esta presa contribuyó a controlar el agua y a extender la superficie irrigada en el Valle del Yaqui, no es menos importante estudiar cómo dislocó la vida de los indios yaquis y de los agricultores que aprovechaban el río Bavispe. Las decisiones, tomadas en la Ciudad de México por ingenieros hidráulicos —muchos de los cuales eran estadounidenses— y por empresas privadas como la Compañía Constructora Richardson, establecida en Los Angeles, no tomaron en cuenta a los indios y agricultores locales. Además, el impacto ecológico que introdujo la salinización de los suelos, la pérdida de biodiversidad y los efectos tanto de pesticidas como de fertilizantes utilizados en una agricultura volcada al mercado externo, generaron un empobrecimiento de los suelos y fuertes problemas ecológicos que se pudieron evitar, como lo señalaba Eduardo Huarte, desde la época de su construcción.

Por ello, parece urgente, ante la magnitud del problema, el surgimiento de propuestas para intentar frenar el deterioro ambiental, el cual tiene su origen en la idea del control y la transformación de la energía por el hombre, que se encuentra en la primera ley de la termodinámica —la materia y la energía son constantes en el universo: no son creadas, ni destruidas, sino únicamente transformadas—. Con esta ley se estableció una idea de progreso y futuro. Sin embargo, la segunda ley de la termodinámica establece que cada vez que la energía —y probablemente también los materiales— se transforma de un estado a otro hay que pagar un cierto precio, una disminución de la energía disponible. La energía gastada no desaparece, sino que se disipa, esto es, pasa a un estado en el que es imposible su reutilización; parte de ella se convierte en contaminación o residuos acumulados en el medio ambiente. A este proceso de disipación de determinadas cantidades de energía y materiales se le llama entropía.<sup>10</sup>



menos de diez por ciento para el año 2000, lo que a su vez representaría una pérdida de no menos de la mitad de sus especies. Las selvas secas, como es el caso de la vegetación propia de la cuenca del río Balsas, también sufren un grave deterioro. En el estado de Morelos, 386 mil hectáreas originales de selvas bajas se redujeron a sólo 23 mil hectáreas, el siete por ciento del área original, en el lapso de 1975 a 1980. Asimismo, el Bajío conserva sólo un cinco por ciento de su vegetación original". Véase "La destrucción de los habitats naturales: las tasas de deforestación", en *La Jornada Ecológica*, 5 de abril de 1995, p.

<sup>10</sup> Cfr. Manuel González, *Historia y medio ambiente*, Madrid, España, Eudema, 1993, p. 5.

Frente a esto, resulta útil rastrear en el pasado los orígenes del deterioro ambiental que hoy amenaza gravemente al paisaje mexicano y latinoamericano.<sup>11</sup> Por esta razón, se invitó a distinguidos investigadores medioambientales para reflexionar acerca de estos temas en sus respectivos países.<sup>12</sup>

Gilmar Arruda, después de analizar algunos problemas del historiador ambiental tales como el reduccionismo romántico, el determinismo geográfico y el límite espacial de los ecosistemas, muestra que los ríos brasileños, como el Tibagi en el siglo XIX, no son sólo medios de transporte sino locales de supervivencia para los grupos indígenas. La naturaleza de los ríos, con su constitución geológica definidora de corrientes, del tipo de tierras y de la vegetación de sus orillas, formó parte de las decisiones tomadas por los hombres —blancos e indígenas— que disputaban el territorio todavía a mediados del siglo XIX.

Reinaldo Funes, explora una faceta casi olvidada en la historia de Cuba que se puede hacer extensiva al resto de América Latina: a pesar de que existe una cantidad considerable de trabajos acerca de los principales cultivos comerciales, es poco lo que se sabe acerca de los animales asociados con esos cultivos. Los bueyes, por ejemplo, que tenían una importancia crucial en el cultivo de la caña, apenas son tratados en la literatura histórica actual. Por ello, en el intento por aportar elementos para responder una de las preguntas clave de la historia medioambiental —la de la transición energética—, Reinaldo Funes muestra dos facetas de la interrelación de seres humanos y animales en la sociedad cubana del siglo XIX. El autor hace una evaluación de los cambios en el empleo de la tracción animal en las plantaciones azucareras cubanas desde finales del siglo XVIII hasta el comienzo de la centralización azucarera. Después, analiza el incipiente movimiento ambientalista que surgió hacia 1882, al finalizar el proceso que abolió la esclavitud, el cual intentó cambiar el trato de los humanos hacia los animales.

María del Rosario Prieto, Teresita Castrillejo y Patricia Dussel logran, mediante evidencias documentales y el marco teórico de la historia ambiental, una aproxi-



<sup>11</sup> Se entiende por paisaje, “una parte del espacio de la superficie del planeta formado por un complejo de sistemas resultado de la actividad de las rocas, el agua, el aire, las plantas, los animales y el hombre, y que dada su fisonomía, conforma una unidad reconocible”. Véase Víctor M. Toledo, “Tres problemas en el estudio de los recursos naturales y sus repercusiones en la educación”, en Enrique Leff, *Ciencias Sociales y formación ambiental*, Barcelona, España, Gedisa, 1994, p. 167.

<sup>12</sup> El proyecto fue apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, H-43960.

mación al proceso de contaminación hídrica en el oasis norte de Mendoza, desde finales del siglo XIX hasta 1980. Las autoras encuentran que los principales agentes contaminantes —los efluentes industriales y los residuos domiciliarios— siguen provocando la contaminación del agua, problema que no ha sido resuelto después de 100 años de discursos y representaciones. Aquí, la historia es vista como un instrumento de conocimiento, pero también de planificación y ejecución de políticas ambientales; por lo tanto, se convierte en una disciplina con posibilidades de tener un conocimiento aplicado.

Guillermo Castro Herrera, propone un marco de referencia para el estudio de las interacciones entre las sociedades humanas y el mundo natural, así como de las consecuencias para ambas partes en la historia de Panamá. Su trabajo presta particular atención a la huella ecológica de las actividades de tránsito interoceánico a partir del siglo XVI, buscando propuestas para avanzar hacia formas más sustentables de relacionarse con la naturaleza en Panamá.

Por último, no queda más que recordar, como ya lo ha señalado Joan Martínez Alier, que la historia ambiental no pretende caer en reduccionismos, “la relación entre las sociedades humanas y la naturaleza no puede comprenderse sin entender la historia de los seres humanos y sus conflictos”, por lo cual, “lejos de naturalizar la historia, la introducción de la ecología en la explicación de la historia humana, historiza la ecología”.<sup>13</sup>

**D.R. © Alejandro Tortolero Villaseñor, México, D.F., julio-diciembre, 2006.**



<sup>13</sup> Joan Martínez Alier, *La economía ecológica como ecología humana*, Madrid, España, Fundación César Manrique, 1998, p. 55.